

PODEMOS TENER MUCHO CON POCO

Así decía un campesino centroamericano. Pero nosotros, en nuestra incultura de la abundancia, vivimos justamente lo contrario: con mucho hemos llegado a tener poco. Y todo por el maldito acaparamiento y la tan nefasta como estéril acumulación.

Nos vienen diciendo que la gente se está muriendo –literalmente- de hambre en el cuerno de África. Países como Somalia, sobre todo Somalia, pero también Etiopía, Sudán... padecen los efectos de la sequía prolongada. Pero hay otras sequías más graves y duraderas, la de la solidaridad humana. Cuando ya las cosas no tienen remedio, cuando la muerte llega por desnutrición incluso a los campamentos de refugiados, entonces la ONU nos hace llegar la voz de alarma. **¿Y qué ha hecho antes?**

Pero ¿es que no se podrían haber previsto las consecuencias de la sequía? ¿Cuánto habría bastado para solucionar el problema del hambre? En dinero muy poco, comparado con lo que se despilfarra una y otra vez para sostener este sistema financiero nuestro destinado a satisfacer la ambición y la codicia de unos pocos.

El hambre también llama a nuestras puertas, a las de los países ricos. No es lo mismo que en los países mencionados y otros. Pero vamos a un empobrecimiento generalizado, mientras el dinero se acumula cada vez más en menos manos. Nos empeñamos en seguir viviendo como ricos y diciendo, como los discípulos en el evangelio: “despide a esta multitud y que se compren de comer”. Mirar para otro lado y eludir los problemas es lo fácil.

Pero Jesús en el Evangelio no pasa por ahí. “Dadles vosotros de comer”. Dura resuena esta orden imperiosa cuando acumulamos y no compartimos mientras crecen las necesidades lejos y cerca de nosotros. Y hemos de sentir vergüenza, si es que nos queda alguna, con el derroche de dinero, comida y medios económicos.

“Mejor es que sobre que no que falte”. Y con ese pretexto, se tiran a la basura ingentes cantidades de comida en nuestras instituciones públicas. Mejor, de momento, no señalar con el dedo. Pero hablo con información de primera mano: bandejas enteras de arroz, peroles de crema de puerros sin probar... todo a la basura. ¿Y en nuestras casas?

Pero ¿qué podemos hacer nosotros? Eso es lo que contestaron los discípulos al Señor. En su esquematismo, el relato evangélico de la multiplicación de los panes ofrece la única solución: compartir lo poco o mucho que tengamos. Los cinco panes y los dos peces. El siete que es símbolo de totalidad. Pero mientras nos disculpemos con que la solución la han de poner las grandes instituciones, el problema del hambre se agravará. Empecemos cada uno a compartir no migajas, sino lo que tenemos para comer. Entonces sí, el resultado será que la muchedumbre coma y sobre pan. No para tirarlo, sino para recogerlo cuidadosamente en los cestos de la solidaridad.

JOSÉ MARÍA YAGÜE